

## OTRA FORMA DE VER EL BOSQUE

COMO IDEA Y COMO IMAGEN

POR

PATRICIO H. RANDLE

Nuestros contemporáneos, cuando se les habla del bosque —influidos por un enfoque enciclopédico y cientificista de la enseñanza sistemática— piensan en la botánica, en la industria, o en la ecología, en el mejor de los casos. El bosque, para ellos, pareciera no tener otro significado que el material.

Sin embargo, si hacen un poco de introspección descubrirán que, aunque en forma larvada, el bosque como imagen, como idea, tiene que ver con su propia vida. Y es gracias a ello que las demás significaciones del bosque, en el fondo, están influidas por esta visión cultural del bosque que pretendemos explicar.

Si el hombre es *animal social* —como nos dice Aristóteles— podríamos con igual razón, afirmar que el árbol adquiere su total plenitud cuando arraiga en un bosque de especies afines. Es allí donde forma un verdadero entramado mediante el cual se proyecta en el ambiente creando su propio nicho ecológico.

Si, por otra parte, la ciudad, el continente de una sociedad urbana, o *la colonia natural de la familia* conforme al filósofo, ha merecido la calificación de *la más alta creación debida al hombre* por parte de Cicerón, entonces el bosque debe ser la expresión más plena del mundo vegetal, donde resplandecen las especies en la personalidad de sus mejores ejemplares.

De allí que, lejos de existir una antinomia entre individuo y sociedad o que deba ser cierto aquello de que *el árbol impide ver al bosque*, es en el bosque donde, en realidad, ha de verse más acabadamente el árbol.

Porque si la *physis* —la naturaleza en el sentido puramente

material— organiza el árbol en cuanto tal, es el orden natural, la naturaleza como conjunto vivo y jerárquico, lo que impele a la asociación; sea para su mejor desarrollo como para su creación. Hasta parecería que en el Génesis Dios mismo hubiera dicho (como dijera del hombre): *no es bueno que el árbol esté solo.*

Pero, es claro, todo esto suena como algo o lo que no están acostumbrados nuestros contemporáneos. Como dice Sánchez de Muniaín, *hemos perdido el sentido del orden: es decir, el sentido y jerarquía de las cosas y del mundo que los griegos llamaban «to pan» y «ton hen»: el todo y lo uno.* («Estética del paisaje natural, Madrid, 1945, pág. 92).

### El hábito olvidado de la contemplación: misterio y simbolismo.

Un exceso de subjetivismo suele atrapar al hombre actual de modo que la naturaleza, la realidad natural, ya no es su interlocutora, ni su modelo, ni su medida de las cosas, ni un valor encarnado sino, apenas, mera ocasión de gratificarse. De allí que cierto ecologismo se quede en el plano materialista y tome a la contaminación como causa de males, resultando que en realidad es simple consecuencia de toda una relación perversa con la naturaleza.

Es que el hombre moderno, en su mayor parte, ignora el significado de la contemplación —que es mucho más que la simple observación de la naturaleza— porque el *homo faber* que ha crecido dentro de él se lo impide. ¿Acaso no dijo Marx que *no se trata de conocer la realidad sino de cambiarla?*

La obsesión por la transformación, en el fondo, domina tanto al marxista como al plutócrata. Y, entonces, en esa tesitura, ¿cómo pretender que florezca una actitud receptiva de la naturaleza tal cual es? ¿Cómo suponer que exista algo más allá de la percepción sensible? ¿Cómo esperar que exista una visión intelectual de la naturaleza capaz de extraer de ella todo lo que de verdadero, bueno y bello, encierra su esencia?

Se dirá, no obstante, que a partir del romanticismo ha aflorado lo que se ha dado en llamar «el sentimiento de la natura-

leza» y es verdad. Pero se trata de un *pathos* lírico y subjetivo que se excita en la sentimentalidad de lo singular, en las cosas vistas como espectáculo. Pero ese sentimiento de la naturaleza no se engarza con las sensaciones reales que tendría el hombre primitivo seducido por el silencio (o los sonidos sutiles) del bosque, como lo estaba por el misterio de las cavernas; sensaciones por cierto diversas a las impresiones poéticas —a menudo confusas— del alma romántica.

J. J. Rousseau, exponente muy alto del romanticismo, escribe en las 'Confesiones': *internado en el bosque, inquiría y buscaba la imagen de los tiempos primitivos*; una expresión evidente del espíritu escapista o evasivo que es como la contraparte del hombre antiguo que directamente inquiría a los *numina* —o poderes impregnantes de los lugares— acerca del significado de los mismos, al decir de Julius Evola y conocía por espíritu de connaturalidad, en unión de semejanza, por simpatía. O como el hombre clásico que no exacerbaba la sensibilidad, ni alentaba un activismo transformador.

Pero si el concepto estético del paisaje es algo moderno, esto no implica que los antiguos carecieran del don de observación o no fueran asociativos. Por el contrario, entre los elementos de la naturaleza que suscitaban mayores significaciones está el bosque, juntamente con el mar, la montaña y los grandes ríos. Sabían percibir lo que tienen de misterio, esto es, lo que no es fácil de explicar. Actualmente, inficionados de ciencia y técnica, pensamos que lo que no tiene explicación para nosotros la tiene para otros más sabios; no se nos ocurre pensar que hay enseñanzas en lo no-develado. Pero no fue siempre así. Frente al misterio del bosque como visión sombría, que desdibuja las imágenes, como laberinto en el cual es fácil extraviarse, como guarida de animales salvajes, como *continuum* en el tiempo y en el espacio, no es extraño que nuestros ancestros elaborasen hipotéticos genios que tendrían la sabiduría y el control de todo lo que el bosque encierra.

A *contrario sensu*, el hombre moderno, en la medida que la ciencia le ha explicado un lado de la realidad (hay preguntas que la ciencia considera que no son científicas y no las contesta)

tiende a creer que el misterio está en vías de desaparición y, por tanto, no le presta atención. El bosque para él no es más que una comunidad vegetal y se queda satisfecho con la definición de la FAO: *todo territorio que soporte asociaciones vegetales dominadas por árboles de cualquier tamaño, explotado o no, capaz de producir madera o de ejercer influencia en el clima local o en el régimen de lluvias o que provee abrigo al ganado o a la fauna.*

Para quien carece de otra dimensión mental, para quien ha perdido el don de la perplejidad en la observación de la naturaleza y todo lo encuentra *fácilmente* explicable, el bosque ya no es una totalidad mayor que la mera suma de sus partes, ni tiene una significación diversa a la de la pura *physis*. Y esto es más grave de lo que parece, pues allí podría alojarse el origen de un comportamiento indiferente a la manipulación industrial del bosque si se extrae alguna ventaja inmediata. En ese sentido, el hombre antiguo era más culto, rigurosamente hablando, y los «genios del lugar», los *genius loci* les impedían comportarse contra el orden natural.

Algún escéptico contemporáneo pensará que todo simbolismo es irrelevante y muchas veces encubre una ignorancia, por lo cual podemos prescindir de él. Por ese camino no se le ocurre pensar que toda obra de arte, toda acción ejemplar, toda buena obra, se origina en una síntesis superior de valores y significaciones no siempre fáciles de explicitar. O que existe una franja de misterio harto fecunda entre lo que las cosas aparentan ser y lo que pueden llegar a significar para el hombre concretamente y para toda su cultura. Al fin y al cabo nos movemos entre signos que interpretamos casi por instinto y no recurrimos al método científico-experimental cada vez que tenemos que tomar una decisión.

Quienes ven en el bosque, exclusivamente, un recurso económico o, tan sólo un recurso natural, se cierran a la consideración del valor fecundo que tiene como elemento atávico, como dato tradicional, como alimento de la imaginación, como pedagogía para el niño y como *catharsis* o purificación de las emociones.

Mucho más importante que el factor físico mejorador del

aire que respiramos y que tienen los árboles en su papel de absorber  $\text{CO}_2$  y emitir  $\text{O}_2$  (virtud que casi desaparece en medio de contaminación urbana), es el factor psicológico y estético —antes que sanitario— que absorbe tensiones del hombre civilizado proyectándolo, tanto hacia su interioridad, como por encima de su cotidianeidad rutinaria y empobrecedora del alma.

El lado misterioso del bosque es algo más que su aspecto escenográfico, tan socorrido como recurso efectista en el teatro. Es expresión mayúscula del misterio de la vida. De allí el carácter sacro que asumía en tiempos primitivos, en pueblos todavía sin teología y sin Revelación. Al no haber nada más obviamente sacro, el hombre sacralizaba lo terrenal.

Si los clásicos, siguiendo a Virgilio, fundían en un sólo enfoque la unidad y la diversidad de la vida a través de la teología, la física en relación con el hombre por un lado, y la observación de lo cíclico en la naturaleza, por el otro, los condujo a intuir una semejanza con la eternidad. De un modo menos refinado y sólo implícito, los bárbaros del norte de Europa, más familiarizados con el bosque que cualquier otro pueblo, sabían que la vida de los árboles era más larga que la de ellos mismos. Todavía más, sabían que algunos árboles eran centenarios sin necesidad de contar con Carbono 14 o medir los anillos en los troncos. Frente a esa vida vegetal tan misteriosamente larga es seguro que atisbaran a tener una noción, aunque borrosa, de lo que trasciende a la vida humana y no es extraño que atribuyeran dones sagrados a esos ejemplares legendarios.

### El sentido de lo sacro.

A *contrario sensu*, el hombre moderno ya no se conmueve espontáneamente con esas reflexiones. Más que confrontarse con la naturaleza para recibir dócilmente de ella todas sus enseñanzas, está enfervorizado en su labor transformadora y, en el mejor de los casos, se conforma con protegerla pero sin ahondar el sentido metafísico que tiene su conservación en tanto contribución a la obra misma de la Creación.

La teoría evolucionista en esto lleva mucha responsabilidad.

Si todo fluye, si nada permanece, ya no se trata de ahondar esencias, de recibir sus enseñanzas, de plantear analogías profundas, de trascender la mera maternidad de la *physis* y de cubrir un orden natural extensivo al espíritu. Sólo basta con preservar el *perpetuum mobile* como si fuera un fin en sí mismo.

Como quiera que sea, lo oscuro, lo peligroso o ignoto del bosque, hizo de él un objeto sagrado de los tiempos primitivos hasta los clásicos. Los mismos términos latinos *nemus* y *lucus* designan al bosque consagrado a una divinidad y al bosque sagrado en general. No es extraño que así fuera, pues el hombre primitivo, desprovisto de prejuicios racionalistas ya intuía con absoluta nitidez el poder, la riqueza, su valor más allá de lo utilitario, su valor como condicionante de su vida futura.

Pero, además, en la medida en que el bosque es un testimonio viviente de la Creación como obra sagrada, participa íntimamente de ese carácter; carácter que como muchas cosas que tienen participación de lo sacro pueden degradarse en mera superstición, esto es, oponerse a la Revelación.

De cualquier manera, es un hecho que el hombre primitivo ha tenido una relación muy íntima con el árbol y con el bosque. Así, le ha atribuido un alma externa —como entre los egipcios— y poderes curativos con sólo yacer a su sombra, como entre los árabes, o maleficios como entre algunos de nuestros aborígenes. De allí, a una lejana creencia de que los árboles tienen capacidad perceptiva, nace el temor reverencial, instintivo, de hacerles daño o, como se da el caso entre nuestros contemporáneos primitivos aún hoy, en la Costa del Oro, que se los considera morada de algunas deidades.

O bien, como en la selva Kaboungas del Congo, habitada por pigmeos, que invocan al espíritu supremo de Bobobé para que los bendiga en sus expediciones de caza. Es que internarse en dicha selva, una verdadera «cámara de horror», según un viajero blanco, es algo temerario por más que los pigmeos debidamente protegidos por Bobobé, vean en ella una fuente interminable de aprovisionarse de carnes, hierbas y frutos.

Otra forma de culto arbóreo es convertirlo en oráculo, como

se verifica en el terebinto de Moré en el Génesis (XII, 6), el de los adivinos en el Libro de los Jueces (IX, 37). En algunos casos hay árboles que se convierten en sujeto de peregrinación, mientras otros, dotados de espíritu, regirán por sobre el área boscosa circundante, incluyendo a los animales que en ella habitan.

De donde la idea de llamar *Santuario* a reservas naturales delimitadas para conservar especies autóctonas, no carece de cierto fundamento semántico.

A tal punto llegó el culto arbóreo que, en Siria, algunos ejemplares concluyeron siendo consagrados a demonios y el Concilio de Nantes del 89 debió ordenar su destrucción. Pero frecuentemente, como si se tratara de reivindicar el signo de lo verdaderamente sobrenatural, con la madera de estos árboles talados, se construyeron templos cristianos tanto en Tierra Santa como en Alemania e Inglaterra en la Baja edad Media.

#### Templo de la armonía vital.

Pero todavía hay más concomitancias entre el bosque y el universo de lo sagrado en las culturas antiguas pre-cristianas, como, por ejemplo, el mismo templo griego clásico que no surgió a causa de que un arquitecto genial lo concibiese en un raptó de su imaginación creadora sino que, antes de materializarse en mármol, pasó por una fase inicial en que era construido íntegramente de madera y las columnas, por lo mismo, eran simples troncos de árbol.

Lo interesante es comprobar, además, que esta arquitectura aparentemente simple y fría reproducía, en cierto modo, la idea del bosque como abrigo. La columna, como el árbol en el bosque, forma parte de un sistema de elementos repetidos; aislada pierde sentido, porque es parte inseparable de un conjunto.

Mucho más puede decirse del templo románico y especialmente del gótico, expresión artística de los pueblos nórdicos donde se dieron los bosques más espesos de Europa. La Catedral gótica ha sido comparada con un bosque de palmeras, semejante a aquel donde los druidas practicaban cultos primitivos que exaltaban su natural matiz sacro. Es más, aun los capiteles, las nerva-

duraz entrelazadas —que llegarán a su cénit en el período flamígero— así como la misma bóveda, confirmaran la fuente de inspiración que se nutrió en el bosque del que procede la fantasía desbordante provocada por las copas de los árboles fundiéndose entre sí, formando un tejido enmarañado que se repite hasta el infinito, y esa luz tamizada que le es tan propia como insondable.

Por tanto, el bosque ha de ser protegido, más allá de los argumentos meramente ecologistas, por razones que van desde la física hasta la metafísica. O sea, porque no es lícito ir contra la esencia o la manera natural de ser de las cosas. Y si se condena la crueldad para con los animales, por la misma razón de fondo debe condenarse la brutalidad para con las plantas.

De allí que el citado Sánchez de Muniaín diga con razón que *el hombre que destruyera innecesariamente un bosque, sin perjudicar a los demás hombres, por el solo gusto de verlo arder, no le llamaríamos cruel, pero sí brutal. Las plantas tienen cierto derecho a la vida porque la poseen. Son en sí mismas bellas y, al destruirlas, les damos forma física, no las alteramos como a las piedras sino que las matamos. Rompemos un orden final.* (Op. cit., pág. 252).

Si nuestra civilización, al poner tanto énfasis en la mecánica, no hubiera por ello abandonado la cosmovisión orgánica de la realidad, no sólo se hubieran evitado tantos atropellos contra la naturaleza, sino que no habría sido necesario tratar de convencer a los hombres del daño hecho señalando sus consecuencias; porque adhiriéndose a principios verdaderos no se cae en semejantes despropósitos.

Alexander Soljenitzin en sus «Cuentos de miniatura» se refiere a la impresión que le produjo el descubrir un brote nuevo en un trozo de árbol ya desgajado, atrastrado por un tractor y tronzado, como si quisiera expresar el anhelo de seguir viviendo; un deseo —en lo esencial— no demasiado distintos del humano. Pero, claro está, ¿acaso pensamos habitualmente así de los árboles? Y, el bosque, ¿acaso se nos representa como una comunidad de seres vivos?

Hemos dicho que anterior al desequilibrio que el hombre



introduce en la Naturaleza es el orden que produce en su propia naturaleza, en su propio comportamiento. Por lo que la contaminación, entre otras razones, es meramente la consecuencia de una ruptura trágica para nuestra civilización: la que se verifica entre la técnica (los medios materiales) y el hombre al cual deberían estar ordenados. Tradicionalmente esto no sucedía así. Tal vez porque el poder de los medios era muy relativo, pero también porque el hombre estaba mucho más consustanciado con su entorno natural.

### El bosque en la leyenda y en la literatura tradicional.

Trasunto elocuente de esto último queda patentizado en nuestra literatura occidental sin que esto implique desconocer el aporte de la oriental.

El período medieval es el más fecundo en este sentido y del cual nacen no sólo las sagas y relatos legendarios, sino también los cuentos infantiles más conocidos. Charles Perrault —de fines del siglo xvii— que pasa por ser el autor de *Caperucita Roja* (otros lo atribuyen a su hijo) no fue más que el transmisor de una leyenda que data de la Edad Media. Lo mismo *Robin Hood*, que tiene su origen por lo menos en el siglo xiv. Tanto en uno como en el otro, es obvio recordar el papel protagónico que tiene el bosque; y especialmente en este último caso en que su protagonista era un fugitivo por violar los derechos de caza establecidos en la foresta.

En particular, es famosa la riqueza de la literatura infantil de origen inglés que todavía está viva en los libros de Enid Blyton, la autora de *The Enchanted Wood* y *The Faraway Tree*. En ellos la autora sabe trasladar la imaginación infantil a un bosque maravilloso, lleno de sorpresas y misterios, entre los cuales se halla un antiquísimo roble cuyo añoso tronco, en su base, forma una suerte de caverna que atrae poderosamente a los chicos. Introduciéndose en ella es posible ascender —tal cual fuera una torre— a la copa del inmenso árbol desde donde se descubren —como en otro horizonte—, paisajes insólitos de tierras desconocidas a nivel del suelo.

En otro estilo más apropiado para adolescentes, se puede citar *The Children of the New Forest* del Capitán Marryat. Escrito a mediados del siglo pasado, su acción transcurre doscientos años antes, es decir, en pleno siglo XVII. En este escenario de un bosque reservado por Guillermo el Conquistador para practicar la caza y que es uno de los pocos que de aquella época ha durado hasta nuestros días, se relata la historia de cuatro niños pertenecientes a una familia aristócrata que quedan huérfanos y sin casa al ser incendiada por las tropas salvajes de Cromwell siendo recogidos por un anciano y fiel guardabosques.

En el *cottage* de este último comienza una vida nueva para ellos, lejos de las comodidades del hogar natal pero mucho más llena de atractivos y aventura como es la vida en el bosque, a la vez que se crían sanos y fuertes. Es imposible que quien de joven haya leído esta novela no haya quedado prendado de los encantos y de las emociones que el bosque puede suscitar. Máxime si se trata de un adolescente para quien el bosque no es una realidad lejana o abstracta sino parte del paisaje familiar.

¿Cómo no extrañar, entre nosotros, la existencia tan fuerte y espontánea de semejantes estímulos culturales de cara al bosque en general? ¿Cómo sorprenderse entonces que sólo explicando las catástrofes que trae aparejadas el maltrato de la naturaleza se obtenga una respuesta —y aun así— no siempre fácil de obtener?

Ciertos escritores contemporáneos de perfil realmente original como J. R. R. Tolkien, Charles Williams y C. S. Lewis, coinciden en hallar tan vital como necesario para el hombre moderno rescatar una literatura que se engarce en las viejas leyendas y tradiciones medievales cuya temática más que histórica tiene mucho de perenne. Una literatura que sirva de contrapeso a un mundo sin imaginación, sin misterio y sin sentido de lo sacro.

Eso hace el primero de los nombrados en su famosa saga de la que es autor: *El Señor de los Anillos* donde —y esto viene al caso— el bosque tiene una presencia constante. Lothorien es un bosque fantástico cuyos árboles no pierden sus hojas en invierno, sino que se tornan doradas y sin caer hasta que llega la primavera, cuando vuelven a brotar y se cubren de flores; un

bosque que hace feliz a todos quienes se cobijan bajo él, aun en invierno.

En otro capítulo del mismo libro aparece un «pastor de bosque», un personaje consustanciado con sus árboles a los que cuida como si se tratara de su redil.

Charles Williams en *The Figure of Arthur* y conjuntamente con C. S. Lewis en *Arthurian Thorso*, hablan de Broceliande, otro bosque misterioso que aloja seres sub-normales y otros supra-normales como ilustrando la doble faz negativa y positiva del bosque: la de una fecundidad inagotable y la de una oscuridad impenetrable. La idea literaria es, seguramente, transportar al lector a un mundo en que todavía queda alguna *terra incognita* por descubrir (como sucedía en tiempos del rey Arturo): capaz de motivar su espíritu de aventura y hacer nacer en él los impulsos más generosos y magnánimos. Y en esa ficción, el bosque asume su papel ideal muy frecuentemente. Entre nosotros, hallaremos mucha literatura en torno al paisaje en algunas páginas de Lugones sobre el bosque misionero, o de Leonardo Castellani sobre el Chaco santafecino, o de Horacio Quiroga en sus *Cuentos de la selva*.

Tal vez sea este último quien mejor penetró en los misterios de la fronda: *Arriba, a los costados, sobre la arquitectura sombría del bosque, largos triángulos de luz descendían, tropezaban en un tronco, corrían hacia abajo en un reguero de plata. El monte, altísimo y misterioso tenía una profundidad fantástica, calado de luz oblicua como una catedral gótica. En la profundidad de ese ámbito, rompía a ratos, como una campanada, el lamento del urutaú.* El citado C. S. Lewis dice en uno de sus libros que *nadie puede ver cosas hasta que no sabe de un modo general qué es lo que son.* Y esto es lo que sucede con nuestra deficiente cultura boscosa. Tampoco nadie ama lo que no conoce y, entonces, ¿podemos sorprendernos de que seamos tan poco protectores del bosque?

Nuestra enseñanza de la geografía, tan deplorable en su cordad de miras, en su esclerosis, debería ser el lugar natural para la transmisión de estos valores en lugar de servir de mero repo-

sitorio de datos. Nuestra enseñanza, enciclopédica en su espíritu y pseudo-magistral en su práctica, en sus textos, en sus programas, ha hecho del saber una mera acumulación una runfla de departamentos estancos y, en consecuencia, lo que se aprende en la escuela no se suele integrar en la vida.

Nuestros niños urbanos (que son la mayoría del país) viven alejados de la naturaleza. Los libros podrían despertar en ellos el ansia de tener un conocimiento de primera mano pero, en cambio, el enfoque cientificista pretende que se reverencie a la investigación antes de familiarizar al joven con la realidad que debe conocer por connaturalidad antes de estudiarla sistemáticamente, so pena de crear un universo abstracto en el cual será tan sólo un testigo. ¿Por qué no se intercalan trozos literarios en los textos de geografía que cumplan el papel de motivadores del conocimiento? ¿Por qué quedarse en el nivel puramente descriptivo como si lo narrativo no fuese un auxiliar provechoso del descubrimiento de la realidad? ¿Queremos formar pequeños científicos o preferimos formar hombres completos? He aquí una opción de hierro. Y si queremos que las nuevas generaciones no continúen con la obra depredadora de la naturaleza, démonos cuenta que la enseñanza científica sólo explica pero no convence, o —dicho más directamente— enseña pero no educa.

¿No estará aquí el *quid* del problema?

Anhelamos que nuestros políticos y gobernantes tomen mayor conciencia del problema de la deforestación y de la reforestación; pero, ¿cómo? El bosque no es un tema importante para los políticos porque antes que la política está la cultura y nada que no tenga raíz cultural aflora en lo político. Por lo que es casi inútil querer conmover los poderes públicos cuando existe este gran desajuste pre-político respecto del bosque, al cual se desconoce, no se le ama, no se le siente, sencillamente porque nuestra cultura no lo toma debidamente en cuenta. Otras culturas se han mantenido más en la antigua tradición y conservan mejor estas vivencias fundamentales para la vida del hombre y de la sociedad.